



LA ROTA VOZ DEL AGUA

Pieza teatral de un solo Acto

(VERSIÓN marzo 2020)

Sergio Villanueva

Texto inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual. 29 de mayo de 2013

Personajes:

FEDERICO

MARGARITA

PEDRO

I

Una vieja sala de almacenaje del Teatro Español. Por una ventana alta del fondo, con sus puertas medio abiertas, entra el último madrileño sol arañado por violáceas nubes pasajeras de un atardecer de principios de diciembre de 1934. A lo largo de la obra veremos cómo ese cielo se transforma en noche.

Cuerdas y focos en el suelo. Algunas cajas conteniendo utilerías de anteriores montajes, así como burros con vestuarios de obras clásicas. Una mesa de madera, unas sillas. Un par de butacas antiguas de platea. Algunos carteles ajados de ciertas obras que procuraron vida escénica a esos objetos ahora arrebuados. El lugar nos ha de recordar lo efímero que es todo tal vez o no en el Teatro.

Entra un hombre en la sala (FEDERICO). Tiene unos treinta y cinco años. Es elegante en su indumentaria. Es elegante también en sus ademanes y pasos. Enciende la luz. Lleva un impecable abrigo negro cruzado, bufanda blanca, guantes de cuero negro. Lleva también un portafolios bien cargado de papeles, así como un par de libros con encuadernación de cuero. Dirige los libros y el portafolio a su propio costado para liberar la mano con la que empieza a quitarse los guantes. Con cuatro acompasados golpes de guantes, repasa el posible polvo de la silla. Saca un pañuelo immaculado del bolsillo de su chaqueta y lo pasa por la superficie de la misma, también de la mesa, antes de colocar encima los libros y el portafolios. Mira a su alrededor. Duda si quitarse o no el abrigo. Finalmente opta por quitárselo. Lo cuelga sobre una de las perchas que alberga el vestuario de un rey shakesperiano. Toca sonriente la prenda

teatral. Deja su abrigo sobre la misma. Se aproxima a la ventana. Mira hacia el cielo y parece tararear para sí una especie de andaluza nana. Abre del todo las puertas de madera de la ventana, pero deja las de cristal cerradas. Lleva un distinguido traje de tres piezas y una pajarita, el pelo engominado para atrás, muy propio de la época. Su cabello aceituna de espaldas contrasta con esa ventana y ese cielo con nubes pasajeras. Toma aire profundamente. Se dirige a la mesa. Saca el pañuelo del bolsillo de su chaqueta y limpia un poco más la superficie de la mesa. Abre el portafolios. Saca del mismo una serie de hojas al tiempo que comienza a organizar sus cosas. No se sienta aunque escoge una de las sillas y la dispone para sí. Duda un momento. Limpia con el pañuelo esa silla. Limpia otras dos. Busca entre los folios algún momento en concreto. De pie, comienza a leer para sí mismo. Con la mano parece seguir algo así como la métrica de lo que viene escrito. Detiene su lectura. Sigue leyendo. Detiene su lectura. Queda pensativo. Se escuchan unas risas fuera. Súbitamente se abre la puerta.

Aparecen, como un torrente de vida, una mujer (MARGARITA) y un hombre (PEDRO). Tratan de parar de reír. Él, de la misma edad que el otro hombre, es alto, delgado, bien parecido y correctamente vestido, aunque con la ropa significativamente menos selecta y más usada. Lleva un abrigo viejo. Es de color camel, y sombrero marrón ladeado. Ella es menuda pero con una personalidad rotunda y fuerte. Tiene unos diez años más que ellos, pero su energía y carácter la rejuvenecen hasta parecer prácticamente de la misma edad que ambos. Viste con abrigo elegante y sombrero muy a la moda. La mujer se separa de su acompañante y se dirige hacia el hombre que esperaba para darle un beso.

MARGARITA: ¡Mi niño!

FEDERICO: ¡Mi niña!

MARGARITA: Ay, esos ojitos.

FEDERICO: Yo no he dicho nada.

MARGARITA: Pero lo estás pensando.

FEDERICO: Sabes perfectamente que...

MARGARITA: Quiero que le des una oportunidad. Sólo eso.

FEDERICO: Yo aquí sólo puedo aconsejarte. Eres tú la que...

MARGARITA: Deja que te mire. Ay, mi niño, que no me duermes bien.

FEDERICO: Duermo bien.

MARGARITA: A mí no me engañas.

FEDERICO: Como no te tengo por las noches para que me cantes una nana.

MARGARITA: Anda, que ya tienes tú quien te la cante.

FEDERICO y MARGARITA miran a PEDRO con sonrisa y fascinación.

FEDERICO: ¿Tú sabes cantar nanas, mi alma?

PEDRO: ¿Yo?

FEDERICO: ¿De qué os reáis?

MARGARITA: ¿Nosotros?

FEDERICO: Sí, ¿de qué os reáis?

MARGARITA: Díselo.

PEDRO: No mujer.

MARGARITA: Díselo.

FEDERICO: ¿Y eso?

MARGARITA: Que te admira mucho.

FEDERICO: Y yo a él. Estuvo fantástico en *La sirena variada* de Casona.

PEDRO: Muchas gracias.

FEDERICO: Me falta verte en los dos Benavente que lleváis de repertorio, *Ni al amor ni al mar* y ...

MARGARITA: *La noche del sábado*

FEDERICO: Eso es. Pero en *Tierra baja* de Ángel Guimerá también te he visto y...

MARGARITA: Ahí está estupendo.

FEDERICO: Sí. Y ahí está que lo borda. Creo que nos conocimos en...

MARGARITA: ¿No fue en el Poliorama?

FEDERICO: No, fue aquí en Madrid. Pero fue muy breve.

PEDRO: Sí, después de una función de *El Alcalde de Zalamea*.

MARGARITA: Ah, sí.

FEDERICO: Pero entonces no estabas tan nervioso.

PEDRO: No estoy nervioso.

MARGARITA: Un poco sí.

FEDERICO: (*Acercándose a él*) A ver, que te quite ese sombrero. Míralo, se me asusta.

PEDRO: No.

FEDERICO: Sí.

PEDRO: Que no.

FEDERICO: Que sí (*le quita el sombrero*).

PEDRO: ...

FEDERICO: ¡Que me des dos besos, ea! (*se los da*)

MARGARITA: A que es perfecto.

FEDERICO: Para Juan no. Demasiado joven.

MARGARITA: Pero sí tiene tu edad.

FEDERICO: Pero no la de Juan. Ya te lo dije.

MARGARITA: Y yo te digo que sí. Míralo.

FEDERICO: Ya le he visto (*deja el sombrero sobre alguna caja*) Y le he olido. Y huele muy bien.

MARGARITA: No le asustes.

FEDERICO: ¿Te asustas?

PEDRO: No.

MARGARITA: Un poco asustadito está.

PEDRO: Que no.

MARGARITA: Que sí.

FEDERICO: (*Regresando a sus documentos*) Que no que sí, que sí que no.

Hueles a noche, que sí que sí.

Hueles a luna, que no que no.

MARGARITA: Es que él tiene mucha noche, que sí que sí y mucha luna...

PEDRO: ... que no que no.

FEDERICO: Ah, pues sí que tiene duende para las réplicas.

MARGARITA: Ya te lo dije.

FEDERICO: Y una mirada rotunda. Ojos de aceituna. Como a mí me gustan.

MARGARITA: Mira qué piropo más lindo te acaba de lanzar.

FEDERICO: La verdad es que podría haber sido Víctor.

PEDRO: Yo ya dije que...

MARGARITA: Tú chitón.

FEDERICO: ¿Es cierto eso que me ha dicho, Margarita?

PEDRO: ¿El qué?

FEDERICO: ¿Que eres uno de esos actores que sabe escuchar con los cinco sentidos?

MARGARITA: Lo es. Tiene el arte de estar siempre relajado y concentrado. No como Enrique.

FEDERICO: Eso es muy importante. ¿Tú lo estás?

PEDRO: ¿Concentrado?

FEDERICO: Relajado. Como no te quitas el abrigo.

PEDRO: De momento no. Tengo frío.

MARGARITA: Es cierto. Qué frío hace aquí.

FEDERICO: En seguida entramos en calor.

MARGARITA: ¿No podemos ir a otro sitio? Ya sabes que yo no puedo tener frío, porque el frío me pone muy nerviosa.

FEDERICO: Esta sala es perfecta.

MARGARITA: De momento me voy a quedar sentada en esta butaca.

FEDERICO: Yo te la limpio.

PEDRO: No, lo hago yo.

Lo hace con un pañuelo no muy blanco que saca de su bolsillo. FEDERICO y MARGARITA contemplan a PEDRO. Cada movimiento o gesto, cada silencio. Luego se miran cómplices. Esto sucederá varias veces.

MARGARITA: En serio, ¿no nos podían haber facilitado otra salita?

FEDERICO: Esta está de maravilla.

MARGARITA: ¿De maravilla, con lo señorito que tú eres?

FEDERICO: ¿Has oído lo que me dice?

PEDRO parece no escucharles. Tras limpiar la butaca, se dirige a los demás vestuarios de otras funciones. Queda mirando el impecable abrigo de FEDERICO.

FEDERICO: Hay algunos actores, que hacen como que escuchan pero no escuchan.

MARGARITA: Este escucha.

FEDERICO: Hacen como que ven las cosas pero no ven nada.

MARGARITA: Este lo ve todo.

FEDERICO: Hacen como que tocan pero en realidad...

MARGARITA: Este toca. Toca pero bien. Te lo digo yo.

FEDERICO: Ese tipo de actor no puede defender a Juan. ¿Entiendes?

PEDRO: Entiendo.

FEDERICO: Estamos esta tarde contigo porque Enrique Borrás ha dejado la Compañía.

MARGARITA: Bueno, no hablemos de eso. Él se lo pierde. Y tú te lo ganas.

FEDERICO: Todavía no se lo ha ganado. Cipriano dice que te mueves en la escena como en la vida. Pero en esta obra tendrás que moverte también como en el sueño.

MARGARITA: Lo hará. Además es un actor declamatorio que trabaja con la dicción interpretativa como nadie.

FEDERICO: También dice que eres un artista con la voz y la palabra.

MARGARITA: Y con la elocución, la mímica y la expresión.

FEDERICO: Pues todo eso viniendo de Cipriano de Rivas Cherif y de aquí “tu representante artística”, la Xirgu...

PEDRO: No creo que sea para tanto, la verdad.

FEDERICO: Eso les dije yo. *(Se aproxima a PEDRO)* Hablemos claro. No eres mi caballo ganador, quiero que lo sepas.

PEDRO: Ya lo sé.

FEDERICO: Ah, lo sabes.

PEDRO: Si no no estaríamos aquí.

MARGARITA: Tú no le hagas caso.

FEDERICO: Para mí tú no eres Juan. ¿Sabes por qué?

PEDRO: No sé. Dímelo tú. ¿Soy mucho más joven que Enrique?

MARGARITA: ¡En el escenario la edad no existe, mi niño!

FEDERICO: En el escenario la edad existe porque existe el Tiempo, mi niña.

MARGARITA: Otra vez.

FEDERICO: *(A PEDRO)* ¿Entiendes ahora lo que vamos a probar contigo?

MARGARITA: No le marees.

FEDERICO: ¿Yo te mareo?

MARGARITA: Ya estamos.

FEDERICO: ¿Te mareo? Quítate el abrigo, mi alma.

PEDRO: De momento prefiero...

FEDERICO: Ven acá *(quitándole el abrigo, se aprecia una clara diferenciación en los trajes de los dos hombres. Impecable el de FEDERICO, ajado y con algún roto el de*

PEDRO) En un teatro no hace frío nunca. (*Le da la vuelta, le frota la espalda tres veces de arriba abajo para calentarle*) ¿De qué os reíais?

MARGARITA: ¿Nosotros?

FEDERICO: Sí, antes.

MARGARITA: Estábamos recordando una anécdota preciosa, una del Don Juan que terminamos hace menos de un mes aquí en el Español. Con el que inauguramos la temporada teatral de invierno.

FEDERICO: Y qué, ¿no me voy a enterar de esa anécdota yo? Con lo que a mí me gustan las anécdotas de los cómicos.

MARGARITA: Cuéntasela.

PEDRO: Tampoco es que...

MARGARITA: Cuéntasela.

PEDRO: Bueno, pues nada, que habían discutido los actores que interpretaban a Buttarelli y a Don Diego a una hora de empezar la función

MARGARITA: (*A FEDERICO*) Alberto y el otro Enrique.

PEDRO: Sí, por no sé que cosa de las botas de uno o yo qué sé. En fin que empieza la función. Todo el teatro lleno. Cuando llega la escena cinco al principio de la obra, justo cuando llega Don Diego a la hostería pregunta como ya bien sabes: ¿La hostería del Laurel?... Y Alberto, como Buttarelli le responde...: No, la de enfrente.

(*FEDERICO y MARGARITA ríen con ganas*)

FEDERICO: ¡Ay, madre!

MARGARITA: Espera, espera...

FEDERICO: ¿Y cómo siguieron?

PEDRO: Se recompone como puede y le dice improvisando: Pero ... ¿no es aquí?... Y Buttarelli le responde: No, la de enfrente... (*Vuelven a reírse*)

MARGARITA: *Que m,agrada!*

PEDRO: Te gusta ahora, pero imagínate interpretando a Don Diego.

MARGARITA: (*Sin parar de reír*) ¡Lo mato!

FEDERICO: Y ¿cómo lo salvó?

PEDRO: Diciendo: Pues igual me debo de haber equivocado de nombre pero juraría que es aquí donde Tenorio tiene una cita...

FEDERICO: Ah, muy bueno.

PEDRO: Y ahí sí que ya le dio el texto: Ah, sí... Don Diego empezó entonces a respirar, y añadió: ¿Y ha acudido a ella?... No... ¿Pero acudirá?... No sé... ¿Le esperáis vos?... Por si acaso venir le place... En fin que se cumplieron las líneas del texto.

FEDERICO: ¿Y cuando salieron de escena?

MARGARITA: Se mataron...

FEDERICO: Ay, la virgen...

MARGARITA: ... de la risa... (*ríen*)

FEDERICO: En fin, ¿estáis para empezar?

PEDRO: Sí.

FEDERICO: Vamos allá, entonces.

MARGARITA: Vamos.

FEDERICO: ¿Tú el texto ya te lo sabes?

PEDRO: Sí, lo tengo más o menos.

FEDERICO: ¿Más o menos?

PEDRO: Creo que sí.

FEDERICO: Crees no. O lo tienes o no lo tienes.

PEDRO: Lo tengo.

MARGARITA: No le marees.

FEDERICO: No sé. Al habérselo dado con tan poco tiempo igual...

PEDRO: Del todo del todo no, porque como todavía no es seguro que...

FEDERICO: La actitud de un actor no debe ser esa. Tú ya por esa puerta debes de entrar como Juan. Y todavía no lo he visto.

MARGARITA: Y dale.

FEDERICO: El público ha de creer que Pedro puede ser el Juan que yo imaginé mucho más mayor, eso ya lo hemos hablado.

MARGARITA: Y lo creará porque Pedro va a ser un Juan maravilloso. Además, estamos a pocos días del estreno y lo sabes.

FEDERICO: Sí, lo sé.

MARGARITA: ¡Pues a trabajar!

FEDERICO: (A PEDRO) ¿Te pasa algo?

PEDRO: No, nada.

FEDERICO: ¿De verdad?

FEDERICO queda pensativo. Valora el rostro de PEDRO, sus manos, su cuerpo.

MARGARITA: Míralo, ya está ahí su cabecita que no para, como un duendecito pesado que está en todas partes. Les hace lo mismo a los de vestuario, a los de utilería, a los de decorados. Como un niño.

FEDERICO: Como lo que hay que ser en el Teatro, mi niña.

MARGARITA: Y en la vida, mi niño.

FEDERICO: *(Sigue valorándolo, girando alrededor de PEDRO)* Bueno, pues nada, ya me dirás qué tienes.

PEDRO: *(Incómodo)* No entiendo.

MARGARITA: Tú tranquilo.

FEDERICO: Lo que tengo yo es una hora, así que nos vamos a concentrar sólo en la primera escena.

MARGARITA: Lo que tú digas.

PEDRO: Esa me la sé.

MARGARITA: Y las demás también te las sabes.

FEDERICO: Con Margarita, como comprenderás, hemos estado hablando mucho, así que me voy a dirigir algo más a ti. Comentarte que de la realidad es fruto esta obra. Reales son sus figuras. Rigurosamente auténtico el tema. Pero tengo que decirte también que esta obra no tiene argumento.

PEDRO: ¿Cómo que no tiene argumento?

FEDERICO: Sí, sí, no me mires así. YERMA es un carácter que se va desarrollando en el transcurso de los seis cuadros que consta la obra. Además, tal como viene a ser en una tragedia, he introducido en YERMA unos coros, que es lo que precisamente está ensayando ahora, allí abajo en el escenario, Cipriano, con Las Lavanderas. Ellas son quienes comentan los hechos, o el tema de la tragedia, que es constantemente el mismo. Fíjate Pedro que digo: tema.

PEDRO: O sea que tú quieres que el público se encuentre ante un cuadro, llamémosle rural, costumbrista; y que de repente comience a introducirse en un ámbito mucho más profundo, clásico, poético.

FEDERICO: De eso, de lo poético, hablaremos más tarde. Lo que sí quiero es que no habléis con la naturalidad esa que se usa en el cine. Alguien quizás lo censurará. Si la censura se produce, conste que yo soy el responsable. El único responsable.

MARGARITA: Coméntale eso que nos dijiste al principio de las lecturas que no olvidásemos que YERMA no es una pieza de teatro, ni tampoco una comedia, ni un drama...

FEDERICO: Ni una tragedia incluso.

PEDRO: Acabas de decir que era una tragedia.

FEDERICO: (*Categorico*) Es un poema dramático.

PEDRO: Pero hay una atmósfera rural muy reconocible.

FEDERICO: Porque el fin que persigo como autor es ayudar al pueblo.

PEDRO: Ya.

FEDERICO: Porque yo amo la voz humana.

PEDRO: ¿La voz humana?

FEDERICO: La sola voz humana empobrecida por el amor y desligada de paisajes que matan. La voz que debe desligarse de las armonías de las cosas y del concierto de la naturaleza para fluir su sola nota.

PEDRO: ¿Es esa la voz de Juan?

MARGARITA: Esa es la voz de la poesía.

FEDERICO: Y la poesía es otro mundo. Hay que cerrar las puertas por donde se escapa la poesía a los oídos bajos y a las lenguas desatadas.

MARGARITA: Hay que encerrarse con ella, sí.

FEDERICO: Eso es. Y allí dejar la voz divina y pobre, mientras cegamos el surtidor.

PEDRO: La voz divina y pobre. No sé si entiendo. ¿Hay que poner entonces, no sé, un sentimiento especial al decir el texto de YERMA?

FEDERICO: ¿Qué quieres decir?

PEDRO: Como si estuviéramos recitando, vamos.

MARGARITA: Pedro, por favor, el público ya no conecta con esas formas.

PEDRO: Mujer, que no es lo mismo un Calderón que un Casona.

FEDERICO: Mira, yo, que soy el autor, no como ni bebo ni entiendo más que la poesía.

PEDRO: Pero, a ver si me aclaro, en la obra hay dos partes bien diferenciadas.

FEDERICO: ¿Y?

PEDRO: Me refiero a que algunas partes son claramente poéticas. Y otras no lo son.

FEDERICO: En cada una de las líneas de mi teatro o prosa hay poesía. No me digas que no has recibido eso sensorialmente en las primeras lecturas.

PEDRO: Sí, claro. Pero quiero decir que está bien diferenciado de las partes de Las Lavanderas, de los Cantos. Nuestras escenas sí que se encuentran en un territorio más, digamos reconocible.

FEDERICO y MARGARITA se miran. Reconocen que PEDRO sabe de lo que habla.

FEDERICO: Sí, qué duda cabe. Tú, por ejemplo, como Juan tendrías que ser el marido recto y trabajador siempre con la excusa de no quedarse en casa, en la intimidad, con

YERMA. Pero vuestra relación como matrimonio es un doliente poema. Es una herida poética. La imposibilidad del amor ha de tener así, un carácter de acusación social. La esterilidad de YERMA nace de la impotencia creadora del marido, pero también de la sumisión sin placer de la mujer.

MARGARITA: Ella no concibe tener hijos de otra manera que no sea con quien se ha casado según la tradición.

PEDRO: Sí, eso está claro. Y aunque siente un torrente de sensaciones por Víctor, su condición le impedirá dar ese paso hacia un hombre que no sea su marido.

FEDERICO: Ahí está el conflicto, la verdadera tragedia.

PEDRO: Entonces, ¿sí que es una tragedia?

MARGARITA: Verdaderamente si ella hiciera caso a las palabras de las mujeres que se encuentra en ese espacio abierto del cuadro segundo del primer acto, en ese lugar de libertad y no ofuscación del propio hogar, todo tendría otro sentido.

FEDERICO: De hecho se acabaría allí mismo la obra.

MARGARITA: Curioso.

FEDERICO: Bueno, como habéis podido comprobar, realmente hay poco texto que decir. Pero hay, no obstante, un infinito de emociones que lanzar poetizadas desde la escena. En cada una de vuestras acciones, silencios, no caricias. Porque hay poesía en el Campo, en los hogares sencillos, en la pobreza si me apuras. Mucha, mucha poesía.

PEDRO: ¿Por qué hablas tanto de la pobreza, de lo pobre?

MARGARITA: Porque en la tierra Federico encuentra una profunda sugestión de pobreza. Como metáfora, YERMA, nos explicó, es la tragedia de la mujer estéril.

FEDERICO: Me interesan los personajes, y es su agonía, su frustración, la que nos ha de mover a detectar las causas.

PEDRO: ¿Las causas de qué?

MARGARITA: El tema, Pedro, es clásico. Pero él quiere que tenga un desarrollo y una intención nuevos. Una tragedia con cuatro personajes principales y coros.

FEDERICO: Como han de ser las tragedias. Porque hay que volver a la tragedia, sí señor.

PEDRO: ¿Hay que volver a las tragedias?

MARGARITA: Sí, nos obliga a ello la tradición de nuestro teatro dramático.

FEDERICO: Nos obliga a ello, sobretodo, cómo están ahora mismo las cosas en la calle y en los hogares, desde que han llegado los que han llegado al gobierno, amenazando la Constitución de nuestra República.

PEDRO: Claro, si todo es siempre mucho más sencillo.

FEDERICO: No sé bien lo que estás pensando, pero sí, en efecto, tiempo habrá de hacer comedias, farsas. Mientras tanto, yo quiero dar al teatro tragedias.

PEDRO: ¿No eran poemas dramáticos?

MARGARITA: La verdad es que no están los tiempos para otras cosas.

FEDERICO: No, no lo están. No lo están para nada.

MARGARITA: Pero hay que seguir haciendo.

FEDERICO: Y esforzarse para no ilustrar. Que surja la acusación social desde lugares no muy concretos y... ¿Por dónde iba?

PEDRO: Decías, decíais, que no están los tiempos como para hacer comedias. Pero yo creo que, en realidad, siempre ha de haber tiempo para la comedia.

FEDERICO: Por supuesto que sí. Vamos a ver, en la obra misma, tenemos a las dos mujeres que entran en escena un poco como los bufones de Shakespeare en sus tragedias. También la Vieja. En YERMA, el tema es: cómo la esterilidad nace de la

impotencia creadora del marido y de la sumisión sin placer de la mujer, que ama realmente a Víctor pero que sería incapaz de dar un paso que no dicte su obtusa religión.

MARGARITA: ¡Toma!

PEDRO: Su obtusa religión.

FEDERICO: Y su tradición.

PEDRO: Obtusa.

FEDERICO: La agonía, la frustración de los personajes, es lo que ha de mover a los espectadores a detectar las causas.

PEDRO: Metiéndose con la Iglesia.

MARGARITA: No, mostrando claramente el punto de vista de la mujer.

FEDERICO: ¿Algún problema?

PEDRO: No, no, está bien. Sólo por ir sabiendo.

FEDERICO: ¿De qué estamos hablando aquí? ¿O no te has dado cuenta de que algunas decisiones, que están llevando a cabo desde el nuevo gobierno, están pensadas para anular a la mujer nuevamente?

MARGARITA: Federico quiere que todo su teatro esté lleno de mujeres que sufren la presión de la sociedad y que, a menudo, mueren violentamente, y...

FEDERICO: ¿No lo ves claro?

PEDRO: Muy claro. Pero...

FEDERICO: Pero qué...

PEDRO: Nada, sólo pensaba que...

FEDERICO: ¿Qué?

PEDRO: Que mueren violentamente.

MARGARITA: Las mujeres, sí. A diario. En todas partes. Y esta denuncia, Federico, la quiere llevar a cada uno de los rincones de cada pueblo de España para que incluso las mujeres débiles y analfabetas, puedan encontrar una esperanza a su destino.

FEDERICO: En ello va mi obra, y por tanto mi vida. Tú, ya conoces *La Barraca*, ¿no?

PEDRO: Sí, claro. Y admiro muchísimo vuestro proyecto.

FEDERICO: Menos mal. Pues permíteme que deje clara una cuestión: *La Barraca*, Pedro, no es solo un proyecto de teatro. Para mí es toda mi obra, la obra que me interesa, que me ilusiona más todavía que mi obra literaria.

MARGARITA: Como que por ella muchas veces has dejado de escribir un verso o concluir una pieza, entre ellas YERMA, que la hubiéramos tenido terminada antes si no la hubieras interrumpido para lanzarte por tierras de España.

FEDERICO: Lo sé, no me lo vuelvas a repetir, lo sé...

MARGARITA: Lo sabes, lo sabes. ¡Ay, cómo te gustan a ti los cómicos!

FEDERICO: Son mis luceros. Bueno pero ya estamos aquí, en el Teatro Español, a punto de estrenar la obra, ¿no?

MARGARITA: Dentro de dos semanas.

FEDERICO: (*A PEDRO*) ¿Qué miras con tanta atención?

PEDRO: A vosotros.

FEDERICO y MARGARITA: (*Casi a la vez*) ¿A nosotros?

PEDRO: Sí, a vosotros. Os miro y parecéis unos niños.

MARGARITA: Es que lo somos. Unos niños.

PEDRO: Unos niños que juegan sin pensar en las consecuencias.

FEDERICO: Pensamos en las consecuencias, Pedro. Claro que las pensamos.

MARGARITA: Por eso jugamos.

PEDRO: Es fácil jugar a comprometido y expresar una ideología, mientras no se tienen hijos.

MARGARITA: ¿Qué quieres decir con eso?

PEDRO: Sin hijos se tiene una libertad que otros compañeros de oficio no pueden tener. Vamos, que es muy fácil ser poeta y libre, y decir lo que se quiera, decirlo ante cientos de oyentes. Pero si tuvierais tres hijos que dar de comer igual no jugaríais tanto a ciertas cosas.

FEDERICO y MARGARITA se miran.